

Josemaría Escrivá y su época histórica

ALICIA VARGAS GENÉ
Historiadora
Universidad de Costa Rica

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, nació en un pueblo del norte de España en 1902. Se iniciaba el siglo XX, un siglo lleno de logros tecnocientíficos extraordinarios, que no sólo mejoraron las condiciones para la vida humana en cuanto a salud y comodidades materiales, que han acelerado el acercamiento de todos los pueblos de la tierra y tantos otros avances maravillosos aunque, a su vez, algunos han propiciado grandes males, injusticias, desastres, guerras, terrorismo, sangre y muerte. Julio Caro Baroja, antropólogo español, escribe: “Existe una marcada contradicción entre la trayectoria vital individual –la niñez, la juventud y la vejez han pasado serenamente y sin grandes sobresaltos– y los hechos acaecidos en el siglo XX... los terribles acontecimientos que ha vivido la humanidad”.

Con el nacimiento del siglo XX, Europa veía incrédula que su poderoso imperio mundial se tambaleaba. Las grandes potencias coloniales presentaban entre ellas choques muy fuertes. La rivalidad comercial, los intereses políticos, la falta de entendimientos los llevaban a un precipicio; todas lo presentían; ninguna quería la guerra, pero todas trataban de mejorar sus ejércitos y sus flotas navales; además, durante esta “paz armada”, como se llamó a los años precedentes al estallido de la Primera Guerra Mundial, buscaban y suscribían alianzas entre ellas.

España vivía esta época un poco marginada, no era una potencia; acababa de entregar sus últimas colonias de ultramar al perder, frente a los Estados Unidos, la guerra de Cuba, que la obligó a deshacerse no sólo de las Antillas caribeñas, sino también de las Filipinas en el lejano oriente. En su interior vivía una situación insostenible en los aspectos económico, político y social. Ocupaba el trono, en ese año 1902, la reina María Cristina, quien ejercía una agitada regencia, mientras su hijo alcanzaba la mayoría de edad. Sin embargo, en mayo de ese año, Alfonso XIII, a los 16 años, tuvo que hacerse cargo del Gobierno. El joven monarca llegó al trono en medio de una gran crisis económica y de un grave conflicto social, que trató de resolver confirmando el gobierno liberal de Práxedes Mateo Sagasta y decretando una amnistía general. Hubo una leve mejoría en el ambiente, pero la situación seguía siendo precaria; eso favoreció a las minorías ideológicas, republicanas, anarquistas, sindicalistas, socialistas y otras, las cuales intensificaron su propaganda verbal y escrita.

En 1914 estalló la Primera Guerra Mundial; la primera guerra de los tiempos actuales, algo totalmente nuevo, pues no sólo fue más destructiva de vidas y bienes que cualquier conflagración pasada, sino que también tuvo mayor alcance y cuyas

consecuencias nadie pudo prever. Al terminar esa guerra, el mundo en general era otro. Las grandes potencias europeas estaban arruinadas y no tenían las fórmulas para salir pronto de su miseria, de la destrucción y de la muerte.

El triunfo del comunismo en Rusia asustaba al resto del mundo. Sus doctrinas extremistas encontraban masas empobrecidas dispuestas a aceptarlas. Por ese temor, se permitió la formación y desarrollo de partidos derechistas en Italia, Alemania y otros países, que frenarían, así se esperaba, el avance de los bolcheviques. Por su parte, España, en medio de su situación cada vez más anárquica y difícil, propició la caída de la monarquía. Alfonso XIII abdicó y salió de su patria en 1931 y se estableció el gobierno de la Segunda República, que presentaba una clara posición de izquierda. Después de un gobierno de cinco años, en los que hubo algunos lapsos de tranquilidad, en julio de 1936 estalló la Guerra Civil Española, que duró hasta 1939 con el triunfo del ejército nacionalista que comandaba el General Francisco Franco, quien ejerció el poder hasta 1975, año en que murió. Lo sucedió, en la jefatura del Estado, Juan Carlos I de Borbón, quien logró encauzar a España hacia un régimen democrático que perdura hasta hoy.

Durante la guerra civil, España fue el campo de experimentación de armas, tácticas y técnicas de guerra, tanto de Hitler y Musolini, como de la Unión Soviética. Los horrores y miserias que se vivieron en el suelo español aún duelen y no se olvidan; es sin duda uno de los más trágicos episodios de la historia de España. En abril de 1939 terminó esa lucha que dejó extenuada y deshecha a la Madre Patria; el 1 de setiembre de ese mismo año, Hitler, al frente de su ejército mecanizado y poderoso, invadió Polonia. Este hecho desencadenó la Segunda Guerra Mundial que se prolongó hasta agosto de 1945, cuando en las ciudades japonesas, Hiroshima y Nagasaki, estallaron sendas bombas atómicas, que hicieron desaparecer a más de 150.000 personas.

El 2 de setiembre se firmó el fin de las hostilidades, pero la guerra no terminó; se prolongó hasta nuestros días con los nombres de guerra fría, enfrentamiento este-oeste o norte-sur, islámicos frente a judíos y otros.

En este clima nació y creció el Beato Josemaría, viendo destrucción y muerte, persecuciones, odios, irrespeto por lo sagrado y por lo humano, falta de amor, de amistad, de libertad y, lo más duro de todo, la negación de lo divino, de Dios. Por eso, es que muchos autores a los que humildemente me adhiero, lo consideran un profeta, una de esas personas iluminadas que el cielo envía de vez en cuando para señalar, en medio de tinieblas, un camino que alienta, que da esperanza, que anima a tener fe, a trabajar por la reconquista y la salvación de la humanidad.